

MATSUO BASHŌ

MEMORIAS DE UN ESQUELETO A LA INTEMPERIE

Viaje del año 1684

VERSIÓN Y NOTAS DE FRANCISCO SERRANO

Matsuo Bashō, el más grande poeta del Japón, nació en Ueno, en la provincia de Iga, al sureste de Kioto, en 1644. Pertenecía a una familia que, aunque respetable, no poseía los medios para asegurarle un futuro promisorio. Fue discípulo de Matsuo Yozaemon, un samurai de bajo rango que laboraba el campo en épocas de paz. En su juventud sirvió como paje de Todo Yoshitada, pariente cercano del señor feudal de la región, con quien lo ligó una honda amistad fincada, principalmente, en el amor de la literatura. Pronto el joven Bashō empezó a escribir versos. En 1660 se incluyeron algunos poemas suyos en una antología publicada en Kioto. La muerte prematura de Yoshitada y, aparentemente, un enredo amoroso, obligaron a Bashō a alejarse de su suelo natal. Se cree que vivió en Kioto, donde habría estudiado filosofía, poesía y caligrafía. Su nombre poco a poco comenzó a ser conocido en los medios literarios de la capital. En 1672 publicó una compilación de haikú, *El juego de la concha marina*, con comentarios críticos del propio Bashō, que incluía obras de treinta poetas y en la que da muestras de poseer un sólido conocimiento de la lírica popular japonesa y un gusto refinado y certero. Ese mismo año viaja a Edo (la actual Tokio). Los siguientes ocho años de su vida son oscuros. Se supone que desempeñó diversos oficios y que tuvo serias dudas acerca de su vocación poética. Decidido no obstante a convertirse en un poeta profesional, no dejó de escribir, publicar, enseñar y acrecentar su renombre. A finales de 1680 un grupo de sus discípulos construyó una casita en un tranquilo paraje de Edo y se la regaló al maestro; algunos meses después en el patio de la casa plantaron un árbol de plátano (*Bashō*, en japonés) dándole al lugar y al poeta su famoso nombre. Establecido de modo permanente, rodeado de amigos y de solícitos discípulos, adulado y admirado, Bashō sin embargo se sentía incómodo. Comenzó a practicar la meditación zen. En 1682 un incendio destruyó su cabaña y al año siguiente murió su madre. En el otoño de 1684 Bashō dio inicio al primero de sus "viajes poéticos", peregrinaciones en busca de disciplina espiritual y estética, de los que realizaría cinco a lo largo de su vida.

El diario de este primer viaje de 1684, titulado por Bashō *Jornada de un esqueleto maltratado por la intemperie*, es el texto cuya versión española hoy se publica. Pese a su constitución débil y enfermiza, Bashō atravesó una docena de provincias, bordeando la costa del Pacífico, para visitar el gran santuario shintoísta en Isé, llegó a su tierra natal, Ueno, donde se reunió con su familia, recorrió algunos templos de las montañas, fue a Nara y a Kioto y a mediados de 1685 estaba de vuelta en Edo. El texto escrito durante la travesía marca el principio de su madurez poética.

En los años siguientes Bashō alternó su vida entre breves periodos de tranquilidad pasados en su cabaña reconstruida y los extenuantes viajes poéticos: A Káshima, en 1687, para ver la luna nueva de otoño; al monte Yóshino, algunos meses más tarde, para encontrarse con los célebres cerezos en flor, y de ahí a Ósaka, Suma y Akashi, donde visitó los sitios ensalzados por los viejos maestros clásicos japoneses; a Saráshina, el otoño siguiente, de nuevo para ver la luna de la siega; y a Honshú, en el norte, en la primavera de 1689, que resultó el más largo de todos sus recorridos y significó el apogeo de su carrera literaria. La crónica de este viaje es el justamente célebre *Sendas de Okú*, cumbre de los diarios poéticos en la historia literaria del Japón, admirablemente vertido al español por Octavio Paz.

Los últimos años de la vida de Bashō transcurrieron entre frecuentes visitas a sus amigos y discípulos y estancias más o menos prolongadas en distintos sitios y ciudades. El interés de Bashō en la reflexión teórica y filosófica en torno de la poesía data de esta época.

En el invierno de 1691 Bashō regresa a Edo, donde es recibido con grandes muestras de reconocimiento. Su fama y su prestigio como poeta son enormes. Bashō se ve envuelto en una intensa actividad; los visitantes a su casa, construida por tercera vez, se multiplican. El poeta tiene la incoercible sensación de que tal tráfigo sólo le quita el tiempo. Entonces, como él mismo dice, "escribe para disciplinarse". Los principios del *desapego*, necesario para trascender las cosas mundanas, y la *levedad*, requerida para poder estar entre ellas sin daño, guían su búsqueda.

Bashō publica varias antologías de sus poemas y se apresta para un nuevo viaje. En el verano de 1694 parte hacia Kioto, Ueno y Ósaka donde, agotado y enfermo, muere el 12 de octubre de ese año.

La importancia de la obra de Matsuo Bashō es central. No sólo es el verdadero fundador de una forma literaria, el haikú, cuyo influjo no ha dejado de hacerse sentir en prácticamente todas las literaturas modernas, sino que dicha influencia acrecienta cada día su alcance y su vitalidad. Nadie puede pretender escribir un haikú sin tener en cuenta la obra, concentrada y espléndida, de este hombre silencioso, que se pasó la vida vagabundeando por el Japón y que supo conciliar, como pocos, la vida y la poesía.

El viaje del año 1684

En el octavo mes del año 1684 Bashō emprendió un largo viaje a su tierra natal, en la provincia de Iga. El viaje le tomaría ocho meses. Gran parte del camino la hizo a pie, por tortuosos caminos entre las montañas. Bashō, que no gozaba de buena salud y estaba prematuramente envejecido, debe haber padecido bastante la travesía, (en algún momento dice que se alegra de haber sobrevivido), pese a que no se trataba, al parecer, de un recorrido particularmente peligroso.

El motivo inicial del viaje era la muerte de la madre de Bashō, ocurrida el año anterior. Imposibilitado de llegar al entierro, Bashō decidió asistir a los servicios del primer aniversario luctuoso. Es muy probable sin embargo que lo animaran en su decisión de viajar otras consideraciones que las puramente filiales. Desde hacía algunos años Bashō sentía que había llegado el tiempo de crear un nuevo estilo de haikú, y que la mejor forma de conseguirlo era dejar su casa en Edo, donde había vivido durante los últimos diez años, y viajar por el país para inspirarse. Es posible que en su resolución influyera también el hecho de que ese año de 1684 marcaba el inicio de un nuevo ciclo, fecha propicia para emprender cambios.

Sea como fuera, Bashō buscaba liberarse de las ideas poéticas heredadas de las literaturas china y japonesa clásicas y de las convenciones de la escuela Danrin, que practicaba un humorismo ingenioso y ligero; quería darle naturalidad al haikú y escribir cada vez más a partir de sus propios sentimientos y sensaciones. O como dice Octavio Paz: le tocó convertir esos ejercicios de estética ingeniosa en experiencias espirituales.

El diario de viaje es una forma característica de la literatura japonesa. Este de 1684 es el primero de una serie de cinco compuestos por Bashō, cuya culminación es el célebre *Sendas de Okú*. En él aparecen ya los elementos típicos del estilo de Bashō: la alianza, en los poemas, de lo cotidiano y de lo insólito, y una prosa que puede llegar a ser tan concisa y evocadora como la poesía; el tramado entre ambas, además, es más sutil que en otras obras anteriores del mismo género. A Bashō le interesaba emplear un lenguaje fresco para describir tanto los sitios que visitaba como las emociones que le producían, aunque no siempre haya logrado desprenderse de ciertas referencias y 'apoyos' tomados de la tradición literaria. Por último: es evidente que Bashō sabía que los versos de este diario eclipsaban su prosa: el tercio final del texto consiste casi exclusivamente de haikú.

Para la presente versión he utilizado la traducción al inglés de Donald Keene (en *Appreciations of Japanese Culture*, Kodansha International LTD, Tokyo 1981), de donde proceden la mayoría de los datos de este comentario y de las notas, aunque también me valí de las versiones y exégesis que Makoto Ueda hace en su minucioso y apasionado *The Master Haiku Poet Matsuo Bashō*, Kodansha Int., Tokyo, 1982.

Cuando partí para mi viaje de mil leguas, no llevé provisiones para el camino. Me apoyé en el bordón de aquel peregrino del pasado de quien se dice que "entró en el reino del desapego bajo la luna después de medianoche".¹

Al salir de mi desvencijada choza junto al río en el octavo mes del *Año de la Rata*, 1684, el rumor del viento sonaba extrañamente frío.

Pensar: mis huesos
A campo abierto... ¡El viento
Rasga mi carne!

Otoño: diez
Años ya. Pienso en Edo
Si digo "casa".

Llovía el día que crucé los retenes, y las montañas estaban ocultas por las nubes.

Baja la niebla.
Sin ver al Fuji, el día
Es más incierto.

Un hombre llamado Chiri fue mi ayuda y compañía durante este viaje, y me colmó de toda clase de atenciones. Se trata de una persona que bien podría ser descrita como "absolutamente comprensiva en sus relaciones y cabal con sus amigos".

Al dejar Fukagawa:

¡Adiós!; dejé,
Fuji, mi árbol de plátano
A tu cuidado.²

Mientras caminábamos a lo largo de la ribera del río Fuji, dimos con un niño abandonado, tendría unos tres años, que lloraba lastimeramente. Me pregunté si sus padres, arrastrados por las rápidas corrientes del río e incapaces de desafiar las encrespadas olas del mundo flotante, lo abandonaron aquí, pensando que su vida sería tan fugaz como el

rocío. ¿Se esparcirán esta noche los tiernos renuevos del trébol en el viento de otoño bajo la planta, o se habrán marchitado mañana? Pensando en esto, saqué un poco de comida de mi manga y se la arrojé al niño mientras pasábamos.

Duele si un mono
Chilla. Más si es un niño,
Solo en otoño.³

¿Cómo pudo ocurrir esto? ¿Te aborreció tu padre?, ¿tu madre te olvidó? No, no es que tu padre te odie o que tu madre te haya dado la espalda. Esto es obra del cielo, y a ti sólo te queda lamentar tu desdichada suerte.

Llovía el día que cruzamos el río Oi.

Lluvia de otoño.
Llevan la cuenta en Edo.
Yo cruzo el río.⁴

A caballo:

La malva rosa
Del camino. ¡Se la
Comió el caballo!

La luna menguante pendía pálida en el cielo, pero el camino estaba oscurísimo al pie de la montaña. Dejé colgar mi fusta de la montura del caballo y cabalgué algunas leguas antes del canto del gallo. El "tardo sueño" de la *Partida temprano* de Tu Fu se hizo de pronto añicos cuando llegué a Sayo no Nakayama.

Dormito a lomo.
Lentos sueños... La luna
Y humo de té.

Busqué a Matsubaya Fubaku que vive en Isé y descansé mis piernas en su casa por cerca de diez días. No traía espada al cinto pero llevaba un zurrón de mendigo alrededor del cuello y en la mano un rosario de dieciocho cuentas. Luzco como un seglar, pero llevo la cabeza rapada. Aquí piensan que cualquiera con el cráneo rasurado pertenece a la tribu de los clérigos, y no iban a permitirme la entrada al Santuario. Esa tarde visité el Santuario Exterior. Las sombras se oscurecían bajo el Primer Torii, y linternas sagradas parpadeaban aquí y allá. Del pico santo llegaba un viento fragante a pino que se metía en mi piel y suscitaba profundas emociones.

Noche sin luna.
La tempestad estruja
Añosos cedros.

Un arroyo fluía a través del valle de Saigyo. Vi a mujeres lavando patatas:

Lavanderas de papas.
Si fuera Saigyo
Versos haría.⁵

Camino de regreso ese día nos detuvimos en una casa de té donde una mujer llamada Mariposa me pidió que escribiera un haikú sobre su nombre. Me ofreció un trozo de seda blanca en el que escribí:

Fragante orquídea,
Mariposa: en sus alas
Se quema incienso.

Al visitar la choza de una ermita cercada:

Yedra plantada,
Cuatro o cinco bambúes
Dan voz al viento.

En el comienzo del noveno mes volví a mi antiguo hogar. La helada había marchitado los lirios en el cuarto de mi madre y no quedaba traza de ellos. Nada era igual que antes. El cabello de mi hermano blanqueaba en las sienes y su frente estaba llena de arrugas. "Todavía estamos vivos", fue lo único que dijo. Entonces, sin pronunciar palabra, abrió su relicario. Dijo: "¡Ofrece tus respetos a los cabellos blancos de nuestra madre! ¡Esta es la caja mágica de Urashima --mira cómo tus cejas encanecieron!" Lloré por un instante.⁶

¿Debo tomarlo?

Se abrasará en mis lágrimas.

Niebla de otoño.

Prosiguiendo nuestro viaje por la provincia de Yamato, llegamos a un lugar llamado Takenouchi, en la región de Katsugari. Es el pueblo natal de Chiri, y descansamos por algunos días.

En una casa en lo profundo de un bosque de bambú:

Aquí vorean

El algodón. Laúdes

Entre bambúes.

Visitamos el Templo Taima en el monte Futami. El pino en el jardín parecía tener al menos mil años y era tan grande "que podía ocultar a un buey". Aunque no posea un alma, sus vínculos con el Buda han preservado a este árbol del hacha del leñador. ¡Qué afortunado y qué estimulante!

Monjes y flores

Perecen y renacen.

El pino: eterno.

Caminé con dificultades solo hasta Yoshimo. Las montañas realmente se extendían más y más y blancas nubes se amontonaban en las cumbres. Una lluvia brumosa cubría los valles, interrumpidos aquí y allá por las cabañas de los montañeses. Hacia el oeste, el sonido de un árbol que derribaban; hacia el este, el eco. El tañido de las campanas de

numerosos templos resonaba profundamente en mi corazón. Muchos de los hombres que desde tiempos remotos han venido a estas montañas a olvidarse del mundo, han hallado consuelo en la poesía de China y de Japón. En verdad, ¿no sería apropiado llamar a esta montaña Lu Shan, como aquella en China? Pasé la noche en un pequeño templo.

Enciende el fuego
Y déjame escucharlo,
Mujer del templo.

Se llega a las ruinas de la cabaña cercada de Saigyo avanzando unas doscientas yardas hacia la derecha, más allá del santuario interior, en donde apenas se perciben rastros de algún leñador. Un empinado valle en medio produce una poderosa impresión. La "clara fuente goteando entre las rocas" no parece haber cambiado desde los tiempos de Saigyo y el agua aún cae gota a gota.

Salta el rocío.
¿Podré bañarme aquí,
Lavar el mundo?

Si Po I hubiera vivido en Japón, seguramente se habría enjuagado la boca en esta fuente, y si Hsü Yu lo hubiese sabido, sin duda es aquí donde hubiera lavado sus oídos.

Para cuando subí a la montaña y bajé sus laderas, se ponía el sol del otoño, de modo que dejé sin visitar muchos sitios famosos. Fui directamente a orar ante la tumba del Emperador Godaigo.

Tumba imperial,
En ruinas. Hierba, dime,
¿Qué es lo que anhelas?

De Yamato viajé a través de Yamashiro y luego hasta Mino, sobre el río Omi. Más allá de Imasu está Yamaka, el lugar del antiguo sepulcro de Tokiwa. Isé no Moritake ⁷ alguna vez escribió sobre "un viento otoñal parecido al señor Yoritomo", y yo me había preguntado dónde residía la semejanza. Ahora escribí:

Al corazón
De Yoritomo igual,
Viento de otoño.

En Fuwa: ⁸

Viento de otoño,
Frío; bosques y tierras.
Bastión en ruinas.

Fui a Ogaki, donde me hospedé en la casa de Bokuin. Cuando salí para la llanura de Mushashi lo hice pensando en que podría haber dejado mis huesos en algún campo solitario.

No he muerto, al cabo:
Aquí pude llegar.
Fin del otoño.

En el Templo Honto en Kuwana:

¿Cómo, peonías
De invierno? Aguzanieves:
Cuco del hielo.⁹

Cansado de dormir cada noche en albergues extraños, me levanté de la cama cuando todavía estaba oscuro y salí a la playa.

Al alba, blanca,
La carnada: de albura
Una pulgada.

Recé en Atsuka. Los terrenos del santuario estaban terriblemente devastados. El muro de adobe se había venido abajo y había quedado oculto por los macizos de maleza. En un sitio habían extendido sogas para mostrar dónde se encontraba el pequeño altar; en

otro, un mojón de piedra indicaba el nombre de la deidad alguna vez venerada aquí. El santuario, bajo la tupida vegetación de cardos y maleza, lucía ahora más imponente que en la época de su esplendor.

Yerba marchita.
Compro pasteles rancios
Junto al camino.

En el camino de Nagoya escribí estos poemas:

Versos cómicos

Ventoso invierno,
Debo lucir igual que
Chikusai, ¿o no? ¹⁰

De viaje, duermo.
¿Nos lloverá de perros?
Voces nocturnas.

Camino a ver un célebre paisaje nevado:

¡Eh, ciudadanos!
Les vendo mi sombrero
Para-la-nieve...

Al ver a un viajero:

Mañana helada.
Miro más a un caballo,
Menos a un hombre.

Luego de pasar un día en la costa:

El mar ya oscuro.
Grita un pato salvaje
Apenas blanco.

Conforme transcurrían los días de viaje, desaté en este sitio mis sandalias de paja y dejando ahí mi cayado, el año llegó a su fin.

¡Se fue ya el año!
Aún llevo sombrero,
Chanclas de paja.

Murmuré estas palabras una y otra vez. Pasé el Año Nuevo en una choza en la montaña.

¿Qué yerno es ese,
Con pasteles y helechos
Este Año Nuevo? ¹¹

En el camino a Nara:

¡La primavera!
Sobre montes anónimos
Niebla temprana.

Durante un retiro en el Pabellón de la Segunda Luna:

Fiesta del agua.
Alboroto de zuecos,
Monjes helados.

Fui a Kioto y visité la casa de Mitsui Shufu en las montañas de Narutaki.

Un bosque de ciruelos

¡Ciruelos blancos!
¿Fue ayer cuando robaron,
Soto, tus grullas? ¹²

¡Ve al roble, cómo
Está ahí, indiferente
A tanto brote!

Al encontrar a Ninku Shonin en el Templo del Risco Occidental en Fushimi:

Moja mi capa
Con el claro rocío,
Durazno en flor.

Atravesando las montañas en el camino que va a Otsu:

En la vereda
Atrapas mi atención,
Violeta agreste.

Una vista del lago:

Más brumoso aun,
Pino de Karasaki,
Que los cerezos.

Sentado en un albergue para almorzar:

Tiesto de azaleas.
A su sombra, mujer,
Cortas pescado.

Poema escrito en una excursión:

Tierra arrasada.
Como quien ve renuevos,
Mira: ¡gorriones!

En Minakuchi encontré a un viejo amigo al que no había visto en veinte años:

Sendas distintas.
Vivo todo este tiempo,
Cerezo en flor.

Un monje de la isla de Hiru, en la provincia de Izú, un hombre que, como yo, había estado viajando desde el último otoño, cuando supo mi nombre me preguntó si podía acompañarme en mi travesía. Continuó hasta la provincia de Owari.

Ven: morderemos
Juntos briznas de trigo.
Ruta de pobres.

Este monje me informó que el Abad Daiten del Templo Enkaku había muerto al comienzo de la primera luna. No podía creer la noticia, parecía un mal sueño. En seguida escribí a Kikaku:

Cerezos en flor

Ansiando verlos,
Saludo a la verbena,
Miren, llorando.¹³

Enviado a Tokoku:

En la amapola
Alas de mariposa:
Don de sí misma.

Permanecí por segunda ocasión con Toyo. Cuando iba a partir para Edo escribí:

Duele partir.
De la honda flor la abeja
Debe alejarse.

Me detuve en una cabaña en las montañas de Kai.

Hoy mi caballo
Con avena se alegra;
Yo, en un albergue.

Al final de la cuarta luna volví a mi cabaña. Cuando me hube repuesto de las fatigas del viaje escribí:

No he terminado,
Ropaje veraniego,
De matar piojos.

Notas:

¹ Alusión a Chuang Tzú: "Si vas a viajar mil millas, empieza a aprovisionarte con tres meses de anticipación."

² En el jardín de la cabaña de Bashō en Fukawa había plantado un árbol de plátano (bashō), de donde el poeta tomó su nombre.

³ Los poetas chinos de la dinastía T'ang y posteriores con frecuencia expresaron lo doloroso de oír los lastimeros chillidos de un mono. Otra versión de este haikú puede ser:

Duele, poetas,
Oír chillar a un mono.
Más si es un niño...

⁴ Los amigos en Edo cuentan los días con los dedos, tratando de saber qué tan lejos partirá el poeta.

⁵ Este poema, como otros a lo largo de la obra, carece del número apropiado de sílabas, signo de que Bashō aún se encontraba bajo la influencia de la escuela Danrin. Donald Keene observa que, en todo caso, es difícil imaginarse a Saigyō (1118-90, célebre monje budista y poeta, uno de los grandes maestros del *tanka*), componiendo un poema sobre mujeres que lavan papas.

⁶ Uráshima recibió un cofrecillo parecido a la caja de Pandora: cuando lo abrió envejeció súbitamente.

⁷ Arakida Moritake (1473-1549), monje shintoísta del santuario de Isé, considerado un precursor del estilo *haikai*. Minamoto no Yoritomo (1123-60) fue un guerrero, célebre por su fiereza, fundador del shogunato en Japón. Tokiwa era la amante de Yoritomo.

⁸ La fortaleza de Fuwa, famosa en todo el antiguo Japón, estaba ya abandonada en tiempos de Bashō; un tópico usual de la poesía de la época era hablar de su desolación.

⁹ El cuco y la peonía se identifican con el verano. Ver peonías en invierno hace exclamar a Bashō: aguzanieves, ave invernal, deberían llamarte cuco del hielo.

¹⁰ Chikusai, un médico charlatán, es el héroe frívolo e inconsecuente de *Chikusai Monogatari*, de Isoda Doya (1585-1634).

¹¹ Los pasteles de arroz y las ramas de helecho están asociados con el año nuevo; comenzaba el Año del Buey, 1685.

¹² El poema alude al poeta chino Lin Ho-ching (967-1028), de quien se dice que "consideraba a sus cerezos su mujer y a sus grullas su hijo".

¹³ Los ciruelos en flor evocan el primer mes, cuando murió Daiten. La verbena florece en el cuarto mes, época en que Bashō escribe la carta.